

Aleksandra Chojecka i Aleksandra Lach

“Detrás del cristal”

Cuentan los que lo vieron, yo no estaba, pero me lo dijeron, que érase una vez una chiquita pequeñita, que vivía en su casita, que se encontraba en una bolita de navidad. Cada año pasaba en una caja oscura, sin luz o ternura, pero cuando el invierno llegaba, la familia la sacaba y en el árbol de navidad colgaba. Durante muchos años la chica esperaba los pocos días en los que sentía lo que la Navidad para ofrecer tenía.

El día esperado llegó, la caja se abrió y la niña vio el brillo deslumbrante de las luces colorantes. En aquel momento, cuando la mano la bola cogió, la niña sintió una cosa indecible, su corazón latía, sus pensamientos se perdían, la alegría floreció. Finalmente pudo ver todo lo que estaba alrededor, ese calor con el que soñaba, ese color que le faltaba y el humor que apreciaba.

Tenía un lugar sólo para ella, a decir verdad, bastante lejos de estrella pero eso no le importaba porque sus vecinos la gracia le daban. No eran muchos pero suficientes y entre ellos, a la derecha la galleta de jengibre: benévola, amable, sensible; a la izquierda el reno sabio y relajado, podemos decir que a veces incluso demasiado; arriba la bola con el lazo rojo que era una gran sabelotodo, un poco caprichosa pero al mismo tiempo también cariñosa; y hay que destacar el vecino de abajo: un elfo pequeño, enérgico y majo. No se puede olvidar de la cadena de luces: ruidosas, pesadas sin embargo dulces. Último, pero no menos importante, espumillón viejo que recordaba lo que en los años anteriores en la familia pasaba. No lo digáis a los demás, pero él era el favorito de toda la banda de nuestra muñeca en bola encerrada, porque los cuentos que el viejecito contaba eran los más bonitos del mundo entero: emotivos, divertidos y hechiceros.

Juntos rememoraban el tiempo que transcurrió, cada cambio que a casa llegó, a veces algo bueno: miembro de familia nuevo que traía miles de sonrisas y gran alegría. Mas como las buenas existen las cosas malas, la pérdida que duele y la pena que dura. Desde las últimas décadas, la niña veía como la familia se reía y lloraba, pero al final siempre se juntaba en Nochebuena, comiendo, hablando, cantando y celebrando. Esa era su parte preferida, ver a toda la familia en un lugar

unida. Como lo miraba con cada año estando sola le hacía más daño, entonces pensaba “Cuánto lo apreciaría si con ellos estos mágicos momentos pasara”.

Mientras la chica en sus pensamientos se ahogaba, ocurrió una cosa de verdad inesperada. Batimiento, movimiento, temblor, choque, miedo y de repente la oscuridad. Momentos de silencio. Pero vaya ¿que pasó? No pudo creerlo ¿Qué sucedió? ¿Olor? Además... ¿calor? Sonidos, al principio apagados: una música, un alboroto, el perro ladrando y una vocecita tan suave que gritó: “¡mamá, mamá, mira que ocurrió!”. La bola estaba en mil pedazos. “¡El perro la ha estropeado!” dijo la niña rubia la muñeca indicando: “¡tenemos que ayudarla, no puede ser así que alguien en Navidad mal se va a sentir!” Entonces la levantaron y mamá preguntó: “¿dónde cariño quieres que ponga esto?” La rubita ya con las cejas fruncidas le dijo a mamá: “¡no le llames así a mi muñequita querida!” Y después pensaban en que lugar iba a estar mejor: ¿chimenea, estante o de nuevo el árbol? Finalmente la decisión se había tomado que la chiquita dulce en la chimenea estaría. Como pensaron, hicieron así: “desde ahora la pequeñita en chimenea va a vivir”. La niña escuchaba lo que decían y no estaba segura si todo el tiempo no lo soñaba. La inseguridad se mezclaba con alegría, ¿es posible que va a dejar la oscuridad en la que vivía? No era la ilusión sino pura verdad, lo que sucedió era su nueva realidad.

Como nunca más en el árbol navideño estaba, todo el año con la familia pasaba. “¿Y qué de sus amigos?” podéis preguntar: “¿ellos en sus cajas de nuevo acabarán?”. La verdad es que sí pero tranquilos todos, eso es de vivir su normal modo. A ellos les da igual en qué lugar se encuentren, lo más importante es que la oportunidad tengan para en el año siguiente brillar y cantar con alegría, como siempre. Y entonces cataplán, cataplón y cataplín, cataplín, mis queridos, hemos llegado a su fin.